

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción y Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: P. A. Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fike, 21-Park Row.—Berlin, Rudolf Mosse, Jerusalemstrasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador.

Quitando un disfraz

«La Tierra» de hoy con la aviesa finalidad que caracteriza todas sus campañas, publica un artículo insidioso—como todos—en el que tras mucho encubrir el propósito y disfrazar la intención, procura hacer creer en la existencia de antagonismos entre militares y paisanos, por cuestiones de política local, acusándonos de sembradores de cizañas.

«La Tierra» sigue el burdo procedimiento de acusar á los demás de sus propias culpas, considerando que así se exime de las recriminaciones de la opinión pública, y sobre todo de las consecuencias que esas malas artes pueden acarrearle algún día.

Aquí nadie habló, ni nadie pensó en conflictos entre los elementos militar y civil, hasta que «La Tierra» sacó á plaza la posibilidad de que surgiesen, para que la idea fuese infiltrándose en las conciencias y la sugestión de la insistencia allanara el camino de convertir en realidades lo que de otro modo no hubiera invadido ni aun la esfera del pensamiento.

En los primitivos Códigos de Roma no se registraba el enorme delito de parricidio, ni se le señalaba castigo. Aquellos sabios legisladores explicaban y justificaban tan marcada omisión diciendo:

«Nosotros no queremos hacer ver que consideramos posible que un hijo mate á su padre». «Mencionar el parricidio es tanto como suponer que puede cometerse y enseñar un delito que no surgió todavía en la mente de nuestro pueblo».

«La Tierra». Al hablar de conflictos y colisiones entre paisanos y militares quiso enseñar á los primeros un camino que no se había ocurrido á nadie; quiso despertar una idea que no se había manifestado; quiso señalar la factibilidad de un hecho, que ni en el orden de las posibilidades era admitido.

«La Tierra», sacando á la palestra nombres de militares prestigiosísimos, ha comenzado, ha iniciado esa tendencia; la ha desarrollado después en sucesivos artículos haciendo hipótesis llamamientos á

autoridades celosísimas de sus deberes, para que intervinieran en cuestiones, rivalidades ó discordias que ni existían ni existen más que en la intención y deseo de esos elementos populacheros, enemigos de cuanto represente orden y decoro que encuentran amparo en un periódico donde no una sino mil veces se habla de los «asesinos de Ferrer» ejercitando labor de atracción y de orden. «La Tierra» en fin, tenaz en su empeño, continúa y continuará ocupándose de incompatibilidades entre militares y paisanos, hasta que entre su gente llegue á cuajar como estado de conciencia la realidad de disparidades y rivalidades imaginarias.

Pongamos, pues, las cosas en su punto.

EL ECO DE CARTAGENA jamás en sus cincuenta años de vida, ha escrito nada que afecte á militares y marinos, sino para rendirles el homenaje de respeto y admiración á que por su heroísmo, disciplina y abnegación son acreedores.

Los periódicos del Sr. García Vaso, manuscrito uno, con saña cruel otros, han atacado á determinados militares y marinos—como todos dignísimos—insultándoles por modo inculcable, llegando á utilizar la palabra *cobarde*.

¡Cobarde un oficial de nuestra gloriosa Marina!

Solo el leerlo justifica una quier exaltación.

EL ECO DE CARTAGENA sostiene sus polémicas é interviene en los asuntos locales, estudiando el fondo de las cuestiones, analizando el valor de los argumentos, facilitando las columnas hasta á los adversarios, pero sin haber mirado nunca el traje que vistan los que desde otro periódico le combatan ó mantengan puntos de vista contrarios á los suyos.

Los periódicos de García Vaso rechazan toda serena discusión, oriñan los asuntos, jamás entran en su fondo y en cambio se dedican á vejar y molestar á distinguidos militares y marinos, por suponerlos autores de artículos en que se ponen de relieve sus bien probados de-

signos de fiero destructor de Cartagena.

EL ECO DE CARTAGENA no cuenta entre sus amigos y colaboradores, ni siquiera pisa los umbrales de su casa, nadie que no sea partidario del orden, del prestigio, de la autoridad y de las prerrogativas del poder público.

Las redacciones de los periódicos del Sr. García Vaso, están llenas de gentes anotadas en los libros policíacos, de elementos revolucionarios y anarquistas, de procesados, de gentes perseguidas con arreglo á la ley de Jurisdicciones.

¿A quien, pues, pretende engañar hoy el Sr. García Vaso, presentándose de limpio?

No pierda el tiempo. En Cartagena jamás se ha ofendido é injuriado á militares y marinos hasta que sus periódicos se han considerado dueños por el terror, de la ciudad.

Hoy al ver patente el error que han sufrido se echa mano á un disfraz cuya alburra oculta el negro contenido. ¡Es inútil! También el asno vistióse un día con la piel del león.

El Papa

Madrid 20-9 m.

Oficiosamente ha sido desmentida la noticia de que el Papa haya salido del Vaticano para visitar á su hermana mayor Rosa, gravísimamente enferma á consecuencia de un ataque de parálisis.

Informes particulares, no obstante la negativa, dicen que el Santo Padre, vestido de sacerdote salió por una puerta excusada.

Añaden que la visita á su hermana duró media hora y que al regreso el Papa rendido por la emoción, vióse precisado á meterse en cama.

Acción humanitaria

Estando bañándose ayer una joven sirvienta en el Bañero de San Pedro, cometió la imprudencia de salir fuera del límite señalado para los que no saben nadar, con

tan mala fortuna que desapareció bajo las aguas instantáneamente.

Gracias al valor del obrero de artillería Pedro Martínez Cayuela que se arrojó al mar al ver el peligro que corría la joven, sin despojarse de la ropa y despreciando el peligro pudo extraerla todavía con vida.

Llamamos la atención de las autoridades y la de sus dignos jefes, para que sea recompensado este heroico obrero por su humanitario comportamiento.

PARIS

Cómo se escribe la historia

Un destacamento de marinos yanquis acaba de desembarcar en Nicaragua. Nicaragua está en revolución. Paraguay lo está ó lo estaba también. En Venezuela no hay reposo. Apenas hace un mes que cesaron las revueltas en Cuba. Revolucionarios y gubernamentales se batían en México á esta hora. En todas esas desdichadas Repúblicas la intervención yanqui es inminente.

Estos hechos ofrecen singular interés para nosotros. Por crueles, por despoéticos, por inmorales—según una leyenda, que nuestra ignorancia credulidad ha aceptado como expresión de la verdad histórica—fuimos expulsados de esos territorios que habíamos descubierto y poblado. No nos vencieron las razas aborígenes, que en último término podían acusarnos de usurpadores, sino los descendientes de los mismos colonizadores, á quienes nuestras armas hicieron la estancia posible. Era, pues, una falacia hablar de guerra de reconquista. Es una ridícula exageración llamar «epopeya» de la independencia á una contienda sostenida contra una nación pobre ya, agotada por guerras seculares, alejada millares de leguas de lugar donde se sostenía la lucha.

Pero conseguido su objeto, parecía llegado el momento de mostrarnos, con el ejemplo, la organización ideal porque suspirábamos. Los años han pasado; pronto hará un siglo de la emancipación de las primeras nacionalidades. La paz no se ha logrado sino en el menor número, y esto por el sentido con-

servador que el aumento impen-sable de la riqueza económica ha despertado en ellas. En las restantes sólo las pasiones, las malas pasiones, tienen una vitalidad pública y permanente. Los Gobiernos de todos los colores padecen una absurda inestabilidad. Y la menor contrariedad política, provoca furiosas apelaciones á la violencia.

Todos esos pueblos carecen de verdadera conciencia nacional. El objeto de la intervención americana no les intimida lo más mínimo. Personajes en quienes la bravura del hombre primitivo va unida á la incultura del hombre primitivo también, los arrastran á contiendas encarnizadas. Y el supremo interés de la independencia patria, amenazada por la codicia de los Estados Unidos, desaparece ante la posibilidad de ganar ó perder una de esas estúpidas y sangrientas revoluciones.

En el resto del mundo se combate por otros ideales. La reforma de la antigua organización social, por ejemplo, tiene que provocar conflictos que en ocasiones se resuelven por la fuerza. Pero la magnitud de los problemas debatidos y su trascendencia excusan, aunque no justifican jamás, la violencia. Sólo en las naciones hispano-americanas y en ese país abominable y siniestro que se llama Turquía, impera el régimen de camarillas militares, de profesionales de la revolución por la revolución, indiferentes á la suerte ulterior y exterior del Estado, á su independencia, capaces de sacrificarlo todo á sus ambiciones personales.

Y una de las cosas: ó esos pueblos han empeorado desde que salieron de nuestra tutela—y ese es el mejor elogio que puede hacerse de España y la mejor prueba de que tal independencia no fué un acto oportuno, ni justo, ni políticamente necesario—, ó se hallan actualmente lo mismo que durante la época de nuestra dominación—, y entonces toda la fábula de nuestro despotismo se desvanece, porque gentes para quienes ningún Gobierno propio es soportable, natural es que encontraran malo el Gobierno ajeno, y porque á pueblos sistemáticamente turbulentos no hay medio de administrarlos sino es con mano fuerte.—Y no

quiero anunciar siquiera la tercera hipótesis posible, la de que esas naciones, como pretenden, hayan mejorado desde que las dejamos abandonadas á sí mismas, porque si ahora que han mejorado son ingobernables, ¿cómo serían antes de mejorar?

Publicistas españoles ha habido, que han llegado á justificar su independencia de nuestras colonias, atribuyendo á los rebeldes sentimientos de libertad que bien se vé cuán poco les importan. Lo que les hizo sublevarse contra España fué la ambición personal de unos cuantos, y no el amor á una independencia que no basta ahora, en presencia de la intervención norteamericana, para ponerlos en la paz.

Hay entre nosotros una casta especial de escritores y de pensadores para quienes la imparcialidad consiste en dar siempre la razón á los enemigos de España y en justificar con odiosa prolijidad todos los atentados que contra España se han cometido en el curso de la Historia. No incurramos por reacción en el defecto contrario. Limitémonos á señalar el hecho de que esos pueblos que rechazaron nuestro gobierno en un siglo no hayan sabido encontrar otro mejor. Y aprestémonos á ver cómo los mismos que tacharon de inmoral nuestra administración, sopor-tan la de esa República ideal, cuyos funcionarios de policía se reclutan entre hampones y asesinos.

Juan PUJOL.

Paris y Agosto.

Juegos Florales

Tema séptimo.—Lema «Marina»

(Continuación)

La prensa debe iniciar suscripciones para los valientes, los abnegados; los poderosos desprendirse de los miles que les sobran para acrecentar las casetas de la Sociedad y dotarlas del material más eficaz y con el que se pueda ir muy adentro á disputar al mar irritado las víctimas que ya crea suyas; y los medios citados más arriba, entre ellos el cinematógrafo han de ser de gran eficacia pa-

Testigo.—Sí, señor; se le preguntó un día y me contestó: «El pobre ha muerto».

Presidente.—¿No oyó usted hablar nada de seguro?

Testigo.—Nada de eso.

Maitre Millrand, defensor de Martínez.—¿La testigo puede decir si el señor Martínez no pidió á su marido que acompañara al enfermo hasta Meudon, á cuyo punto tenía que ir aquel día?

Testigo.—Efectivamente, mi marido que tanta que ir á Meudon, acompañó al enfermo, dejándole en la puerta de la casa del doctor Castelnau.

Presidente (á Martínez).—¿Pidió usted á Rolland que acompañase al enfermo?

Martínez.—Sí, señor.

Presidente.—¿Y quién le dijo á usted que le enviase?

Martínez.—Castelnau.

Presidente (á la testigo).—Oíggner fué arrojando sangre por la boca durante todo el camino, ¿verdad?

Testigo.—Sí, señor.

Ficri.—¿Dónde habita actualmente la testigo?

Testigo.—Desde que el señor Martínez está preso, vivo con su señora.

Maitre Millrand.—La familia Rolland mantiene

Presidente.—¿Firmó usted sin preguntar de lo que se trataba?

Testigo.—Precisamente. Se me pedía un favor y lo hice. Ni siquiera conocía al señor Castelnau.

Julio Lrñ.—Recibí encargo de parte del señor Castelnau de hacer un ataúd para un señor que acababa de fallecer.

Presidente.—¿Quién le llevó á usted el recado?

Testigo.—La criada.

Presidente.—¿Vió usted al muerto?

Testigo.—No; se me dijo que era de mi estatura y que podía hacer el ataúd como si fuese para mí.

Presidente (á Castelnau).—Ya lo ve usted; probado que no permitió que no viesen al muerto.

Castelnau.—No recuerdo si el señor quiso verle.

Testigo. Dispense usted, le pedí permiso para ver el cadáver y usted me dijo que era inútil.

Presidente.—¿Entró usted en la habitación del muerto para preparar la capilla ardiente?

Testigo.—Sí, señor, pero ya estaba encerrado en el ataúd.

Presidente.—¿Pudo usted comprobar el estado en que se encontraba el cadáver?

Presidente.—¿Le dijo á usted Castelnau una carta para que la entregase en la alcaldía?

Testigo.—Sí, señor presidente.

Presidente.—¿No la leyó usted?

Testigo.—No, señor.

Presidente (á Castelnau).—¿Qué decía aquella carta?

Castelnau.—Era una nota enviada por von Schurer, indicando los nombres y apellidos necesarios para extender el acta de defunción.

El señor presidente comunicó á los señores jurados los informes que á este propósito fueron pedidos al alcalde de Meudon.

Maitre Lagasse, defensor de Marieta.—Cuando el cartero Janin recibió el encargo de hacer en la alcaldía la declaración del fallecimiento del enfermo; ¿cuál era el papel de Marieta Prouteau?

Testigo.—Estaba en la casa, pero no debió ser ella quien me entregó el papel. Creo que fué el señor Castelnau.

Alejandro Royer, maestro de obras.—Mi cuñado Janin vino á buscarme el 20 de noviembre de 1883 para que firmara el acta del fallecimiento.

Presidente.—¿Subió usted á la casa?

Testigo.—No.